



Tamoanchan

UNA CRONICA DE HISTORIA REGIONAL CENTRO REGIONAL MORELOS INAH-SEP

Cuernavaca, Mor., a 3 de noviembre de 1991

Director General: Efraín E. Pacheco Cedillo

Epoca III Tomo III Año III

No. 150

"Los pochtecas"

Bábara Konieczna

En el artículo anterior he hablado sobre el concepto del mercado en México prehispánico y de los tianguis locales. En esta ocasión vamos a tratar sobre los llamados "pochtecas", gente que se dedica al comercio de grandes distancias. Este sector de la población fue muy privilegiado por el estado y siempre gozaba de aprecio y protección del señor gobernante. La razón de este "paternalismo" la encontramos en el hecho de que los pochtecas llevaban a partir de sus mercancías, las del señor, lo que obviamente lo enriquecía. Por el otro lado, los comerciantes tenían que pagar altos impuestos, además de hacer regalos a los señores, lo que constituía otro ingreso más a los gobernantes. Katz, estudiando esta problemática, nos dice: "... los productos introducidos por los comerciantes, tales como adornos, cacao, algodón, plumas, esclavos, se tornaron casi imprescindibles para la nobleza, de tal manera que las ganancias obtenidas a través de los tributos resultaron insuficientes para cubrir sus necesidades, interesándose los nobles en el comercio. Así llegó a depender de él parte de la economía de México; inclusive, los artesanos se ocuparon, principalmente, en trabajar materias primas introducidas por los mercaderes..."

Al respecto de esta última observación se puede afirmar que entre los artesanos existían tres grupos más ricos, que se podían equiparar en importancia con los pochtecas: fueron los lapidarios (los que trabajaban las piedras preciosas o semipreciosas), los orfebres y los amantecatí (los que se dedicaban al arte plumario). La materia de trabajo de estos artesanos dependía del comercio de los pochtecas y vice versa, provenían a éstos últimos en artículos suntuosos que podían ser llevados a otras tierras y ser cambiados por distintas mercancías o obsequiados a los señores.

Varios autores sostienen que el trabajo de los pochtecas no se limitaba únicamente a comerciar, sino que a la vez, servían de embajadores en representación de los señores, llevando los ricos obsequios, o también, asumiendo un rol muy distinto a los anteriores, siendo sus expediciones con fines de espionaje para las futuras conquistas.

Los pochtecas no comerciaban únicamente a grandes distancias, como lo consideran algunos autores. En los mercados locales se vendían artículos de lujo, cuya adquisición fue posible sólo a la nobleza, o a los comerciantes profesionales (los pochtecas). Uno de los autores que estudió esta temá-

tica, Acosta Saignes, dice, que los comerciantes se dividían en dos grupos: los pochteca-tlaoque y los nahualoztomeca. Los primeros no viajaban, pero se beneficiaban de las expediciones de los demás. Entre ellos hubo comerciantes ricos, comerciantes pobres y novatos. Los nahualoztomeca se sentaban en el mercado para poder actuar como espías, que era lo que les proporcionaba prestigio.

Los nahualoztomeca se comportaban como vendedores en el mercado allá donde iban, y su vida corría peligro si eran descubiertos. El cronista Sahagun nos

pochteca. Para eso se necesitaba pasar por varios grados de aprendizaje y experiencia, lo que ilustra en su obra el autor Zantwijk. Según él, los jóvenes se educaban en la escuela llamada Calmeacac o en el Telpochcalli, hasta emprender su primer viaje. El cronista Sahagun describe cómo los mercaderes viejos daban consejos al que iba por primera vez de expedición: "... mancebo que aquí estás

presentes, no sois niño, ya tenéis experiencia de los caminos y de los trabajos de caminar, y de los peligros que hay en este oficio de andar, de pueblo en pueblo mer-

dicían organizar unos espléndidos banquetes. El objetivo del enriquecimiento no fue de acumular los bienes, sino gastarlos.

El cronista Sahagun nos describe al respecto: "... Cuando alguno de los mercaderes y tratantes tenía ya caudal y presumía de ser rico, hacía una fiesta o banquete a todos los mercaderes, principales y señores, porque tenía por cosa de menos valer morir sin hacer algún espléndido gasto para dar lustre a su persona, gracias a los dioses que se lo habían dado, y contento a sus parientes y amigos, en especial a los principales que regían a todos los mercaderes...". Según otras menciones de este cronista nos enteramos que en algunos banquetes de este tipo se mataban hasta los esclavos, así como que se convidaba a los mercaderes de otras tierras.

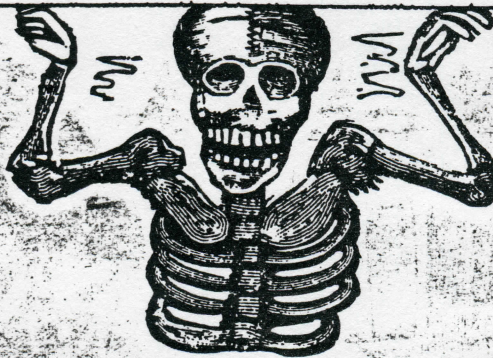
Al mismo tiempo de organizar los banquetes, los mercaderes no debían acumular y ostentar las riquezas. Cuando regresaban de una expedición cargados de mercancía, esperaban la noche para poder entrar a la ciudad y si alguien les preguntase si fueron las suyas las mercancías, contestaban que no, para evadir cualquier sospecha. Ya en el artículo anterior he mencionado que el enriquecimiento fue penado y mal visto por el señor, Sahagun describe esta situación: "... cuando se altiveaban y desvanecían con el favor y honra de las riquezas, el señor entristecía y perdía el amor, buscaba algunas ocasiones falsas y aparentes para abatirlos y matarlos, aunque sin culpa, sino por odio de su altivez y soberbia; y con las haciendas de ellos proveía a los soldados viejos de su corte..."

Como última observación sobre este grupo de los pochtecas, cabe mencionar, como lo vimos en la cita de arriba, que algunos de ellos poseían tierras particulares. Estas podían ser obtenidas como premio por parte del señor, o adquiridas por compra.

Los pochtecas de tradición y reconocimiento, se convertían casi en nobleza, a tal grado, que a sus descendientes se les agregaba adjetivos cualitativos de ser hijo de tal pochteca y de tal fama. Como vimos, la importancia de este gremio no consistían solamente en ser ricos comerciantes, sino más bien, los más reconocidos, desempeñaban un papel político y de relaciones sociales a nivel local y hacia fuera de los dominios del señor reinante.

En el siguiente artículo se hablará de la mercancía que se vendía en los mercados y de su precio, según la "moneda" en uso.

TAMOANCHAN No. 150



dice sobre ellos: "la razón por que cierta parte de los mercaderes se llamó nahualoztomeca es, que antes de que se conquistase la provincia de Tzinacatlán los mercaderes mexicanos que entraban a tratar en aquella provincia disimulados, tomaban el traje y lenguaje de la misma provincia y con esto trataban entre ellos sin ser conocidos por mexicanos... y si alguna vez los conocían a estos mercaderes mexicanos los naturales, luego los mataban, y así andaban con gran peligro y con gran miedo..."

No cualquiera podía ser un

cadenado... tened cuidado de los que van con vos, no los dejéis ni desamparéis, ni apartéis de su compañía; tenedlos y tratados como a hermanos menores...". A su regreso, se les ponía el nombre de Tlazcaltitlán, el pupilo. Al subir de grado, debían realizar ceremonias que les permitían este ascenso además de participar en varias expediciones más y así, finalmente, se podía realizar la llamada ceremonia de lavatorio de pies, en la que se convertían en pochteca o en oztomeca.

La participación en las expediciones mercantiles les permitía acumular riquezas, por lo que po-

Notas del campo:

Los tianguis y las tradiciones

Miguel Morayta

Cuando llegué a Morelos en 1974, el primer tianguis que visité fue el de Yecapixtla. Me acompañó Rafael Gutiérrez y Carlos Barreto. Los tres habíamos ingresado apenas al Centro Regional Morelos-Guerrero del INAH. Tanto Rafael como Carlos nacidos en Yecapixtla y en Cuautla respectivamente, conocían el mercado de los jueves de Yecapixtla desde que eran niños. Para mí era la primera vez y fue una verdadera sorpresa el ver como en lo más temprano de la mañana

de Puebla, del Estado de México y del mismo estado de Morelos. Desde entonces hasta la fecha he seguido visitando muchas plazas y mercados de Morelos, sobre todo en los días de tianguis. He podido seguir las diferentes rutas y los circuitos que estos tianguis marcan en el estado, principalmente en el oriente. Desde la plaza de Zacualpan, mercado que concentra una gran cantidad de productos de los pueblos vecinos, como los artículos de madera de Hueyapan y su pulque. La plaza

que hace puerta de entrada y salida de productos de Puebla y Guerrero.

En estas plazas se conectan con otros circuitos de tianguis que llevan y traen productos del Estado de México y de Puebla. Este enlace se hace en parte por Ozumba, Estado de México y por Izúcar de Matamoros, Puebla.

Todos los tianguis de la región tienen su día especial de la semana en que se reúnen vendedores, compradores y productos. Sabemos que estos mercados semana-

muertos, se venden las vestimentas de "inditos" para la fiesta de la Virgen de Guadalupe. Le sigue lo que se vende para navidad que es desde los adornos navideños, las figuras para los nacimientos, los niños Dios y sus vestimentas, hasta los libritos para las posadas y las piñatas y frutas. Luego el cinco de enero, los juguetes y las rosas para el día de Reyes. En la Candelaria del dos de febrero se vuelven a vender los Niños Jesús y sus vestimentas. Para marzo y abril, las palmas y otros



se hacía el trueque en la parte central de la plaza. Nosotros mismos compramos ocote para cambiar por manzanas y éstas por otras y otras cosas. En octubre de ese mismo año, estos dos compañeros me llevaron al tianguis de muertos en Yecapixtla, en donde me impresionó mucho la gran cantidad de objetos que se vendían para hacer las ofrendas a los muertos. Candelabros, sahumerios, juguetes de barro, copal, fruta, ceras, jarros, sillas y un montón de cosas más que venían

de Temoac que en estuerzo de dignidad y defensa se creó para sacudirse el dominio de Temoac y los llevó a formar el municipio más joven del estado. El mercado de Jonacatepec que surte a varios pueblos vecinos y que en octubre también forma parte de los tianguis de muertos, tanto para los chiquitos, como para los adultos, en los domingos previos al 31 de octubre. Aquí son famosos los juguetes de palama que hacen los artesanos de Calmecca, estado de Puebla. Axochiapan, mercado

les existían en la época en que aún no habían llegado los conquistadores españoles. También, sabemos que ciertas haciendas azucareras como la de Montefalco pagaban a sus trabajadores parte de su salario el martes, se le llamaba el "socorro". Parte del "socorro" iba a parar a los tianguis del martes.

A través de estos tianguis semanales, se distribuyen los artículos que se usan en tantas tradiciones locales, regionales y nacionales. Después de los tianguis de

artículos que se usan durante la Semana Santa. De mayo hasta los tianguis de muertos se van vendiendo lo que se necesita para celebrar, la Santa Cruz en mayo y el Día de las Madres, las banderitas y demás adornos para el Día de la Independencia y la enflorada de pericón.

Así pues, para quien piensa que no hay muchas tradiciones en Morelos lo invito a que se dé una vueltecita o varias a los tianguis de este estado.

Los días de muertos en Morelos

Carlos Barreto M.

Es obvio mencionar que una de las "celebraciones" de mayor trascendencia e identificación de los habitantes del estado de Morelos, es la de "Días de Muertos". Dicha "festividad", forma parte de un orden social-ideológico, ligado a los simbolismos del cual dependen, en gran parte el sentido de pertenencia e identidad, de los habitantes del estado.

Dicha ideología consiste en actos e ideas, ceremonias y creencias que motivan actividades; algunas explícitas, manifestadas, según la posición social, en una rica o pobre "ofrenda".

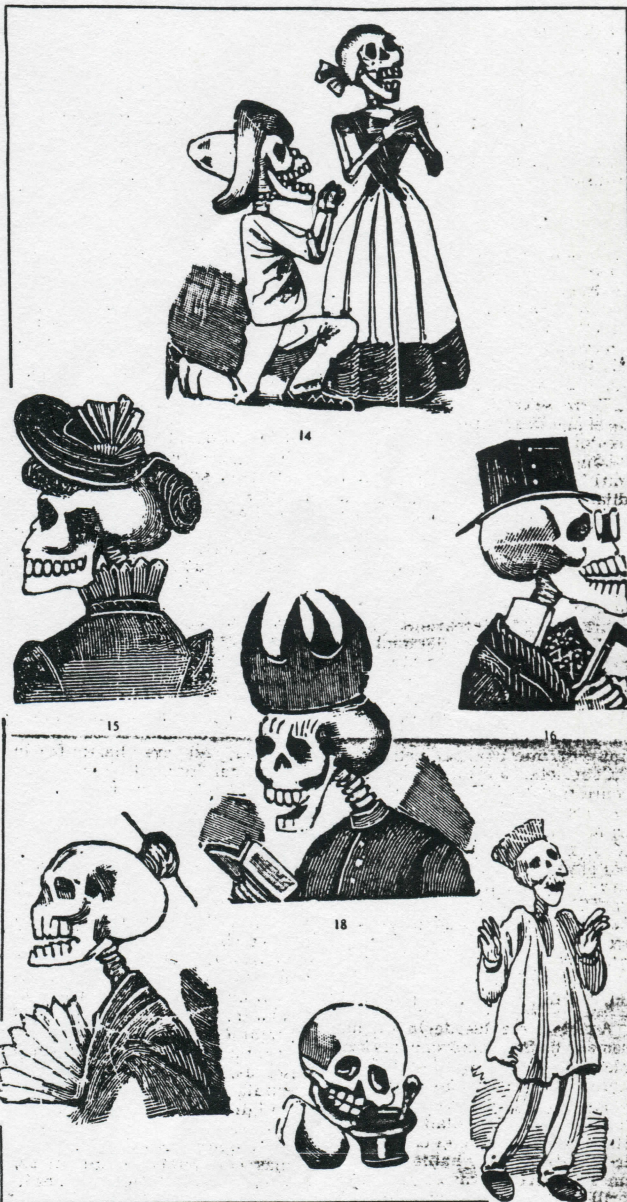
Este tipo de actividades acentúa los lazos sociales del individuo que en forma general los integra y fortalece en una sociedad.

El pueblo morelense, implícita e explícitamente, maneja dos aspectos de la religión; la católica y la tradicional, que tiene fuerte raíz prehispánica; ambas se reinterpretan e interactúan una sobre la otra. Este proceso con frecuencia recibe el nombre de sincretismo, o sea la fusión de dos sistemas culturales distintos. De este modo consideramos que la tradición de días de muertos se ha ido transformando, y se da con mayor fuerza en los pueblos de Morelos con fuerte tradición indígena-campesina.

En la actualidad, nadie ha descrito con mayor propiedad dicha

actividad, que el escritor morelense Juvenino Pineda Enriquez. El nos dice en su obra: En la Vieja Tlalahuac... "Sabido es que el año azteca se componía de 18 meses de 20 días cada uno... Pues bien, como antaño los indios de este siglo siguieron observando la buena costumbre de recordar anualmente a los seres queridos. Amoldaron su vieja costumbre a los dictados de la iglesia católica... aceptaron de buen grado hacer una ceremonia (especial) a todos sus difuntos el dos de noviembre, día de los fieles difuntos. En el último día del tianguis anterior a todos santos (Tianguis grande) se proveían de abundante incienso de copal, bien en penquitas acanaldas o bien en gramos, así como de cera que oliera a miel de enjambre, pues no aceptaban mezcla de parafina. Compraban también mucho "pan de muerto" y para tener dinero suficiente vendían "al tiempo" varias tareas de zacate o cargas de maíz que entregaban religiosamente a los dos meses a los compradores. Provistos pues de infinidad de artículos de sus "ofrendas", ponían la primera la tarde del primero de noviembre".

En forma general abunda en su descripción diciendo: que una ofrenda "indígena", era según las condiciones económicas de los "deudos", era probable, que em-



pezara en la sala, pasara por el dormitorio y terminara en la cocina, era colocada en una mesa grande, formada generalmente por huacales y tablas, donde se extendía un mantel limpio. La cera, una por cada fallecido, con candeleros de barro de color amarillo, blanco, azul o verde, moños de papel de china. Colocabanse también un jarro nuevo por cada difunto, con mole de pipián, media docena de tamales de frijol y manteca, todo revuelto con la masa bien cocido.

El primero de noviembre, ponían unos "tecorralitos" que contenían en su interior una vela de cebo para que durase toda la noche, que servía para que las almas benditas no se extraviasen en el camino.

El día dos de noviembre se de-

cía la primera misa de muertos a las cuatro de la madrugada, en el templo mayor.

Las gentes pensaban que las almas de los niños "llegaban" a partir de las tres de la tarde el día 31 de octubre. Los que morían de muerte violenta quedaban catalogadas como de "almas retrasadas" que llegaban el día dos de noviembre y se iban hasta el día tres.

Finalmente habría que mencionar que a pesar de las crisis, la sociedad campesina morelense no son agregados amorfos, ni enemigos de lo moderno. Lo fundamental sería explicar como sobreviven las tradiciones. Y como la persistencia al igual que el cambio no son una causa, sino un efecto de procesos complejos, que son todo un reto para la investigación.

“Chagoyan y los plateados”

J. Ventino Pineda E. (+)

Relato histórico del Pueblo de Yecapixtla.
Estado de Morelos
Este cuento-relato obtuvo medalla de oro como primer premio en los Juegos Florales de 1930, en Cuernavaca.

I EL TOQUE DE ANIMAS

De la esfinge de granito, que orgullosa levanta sus torreonces como un reto al mismo cielo, han brotado, en mágico y misterioso consorcio, las graves campanadas del “toque de ánimas”.

Lentos, cual quejumbres de espíritu errabundo, solemnes como gritos de tragedia, así han sonado aquella noche, los bronces del templo parroquial. De sus almenas salen, en vuelo fugitivo, inmundos pajarracos y no lejos de la Torre, se escucha, en el barranco, el lúgubre cantar del nocturno tecolote.

Paupérrimas chozas de “chinamitl” dejan escapar por sus rendijas hillillos de vacilante luz amarillenta que producen los ocotes; y en las calles, mortecina lamparilla de farola, que es juguete de los vientos, parece dibujar figuras caprichosas, cual si en derredor gnomos y gigantes, mecabra danza bailotearan.

Al apagarse el eco del doble funerario, se extinguen a la vez las plegarias de los vivos y el pueblo todo se hunde en el silencio de una noche que se antoja pavorosa. En la Torre principal se oye una voz que con potencia dice: “Centinela, alerta...!” que contestan desde luego con grito igual en el puesto de “La Palma”, en la “garita de Tepetlapa”, junto al barranco de “Atlamaxa”, por el rumbo de San Esteban, pero principalmente en la trinchera de “El Puente de las Animas”. Seguramente que algo grave ocurre en aquel pueblo.

II

EL ARRIERO MACARIO JIMENEZ

Aquel miércoles de la última semana de Septiembre, el arriero Macario Jiménez había traído la nueva inquietante de que en el paraje de “La Calavera”, a una legua escasa del poblado de Atlahuacam, y sobre el camino de las “diligencias”, había visto a unos hombres cuyas vestimentas brillaban con los rayos del sol. Estaban allí el temible Zarco, bajo un frondoso casahuate en plena floración. Los caballos estaban enfrenados, puestas las sillars, listos los mosquetes, y “los plateados”, pues que eran ellos, parece que decansaban sobre el ollado césped.

Decía Macario que el jefe de los bandidos habíale preguntado inistentemente por Chagoyan mientras sus mulas eran despojadas de cuanto llevaban para la venta en el “tianguis”, el siguiente jueves en Yecapixtla. ¡Cuánto se dolía el arriero por la pérdida de sus mercancías, adquiridas en los mesones de Ozumba y en la casa de la doña Juanita la Gálvez! Al entrar en el pueblo, la casualidad hizo el encuentro de Macario con el Jefe Gobernista Martín Sánchez Chagoyan. Aquel

tuvo miedo de referir el suceso que le había ocurrido, pero el astuto jefe de Guerrillas sospechó algo e hizo seguir al arriero, que esquivando el saludo y mirando de soslayo, había apresurado el paso para llegar cuanto antes a su casa. Fue Adriana, la tía Adriana, la mujer del recién llegado, quien lo decidió a dar aviso al jefe de los rurales y así se propagó la noticia por el pueblo como un reguero de pólvora.

Era de haber visto el desconcierto de los habitantes: unos escondiendo sus ahorros al pie del “eoescomate”, las doncellas corriendo a buscar asilo bajo las naves del templo; algunas de éstas se creyeron seguras dentro de las “trojes” del maíz, ¡tanta era su ingenuidad!, y no faltó atontada madre abuela, que cual zagala perseguida, y tras de revisar todos los sitios, no encontrara otro más seguro para guardar sus “tlacos” y sus “reales”, que los jarritos de Tlayacapam, que de penacho servían al porrón del agua dulce, allí junto a la desventajada puerta, como quien va para el corral de las gallinas.

La ignorancia de aquellos tiempos y la sencillez de las gentes les hacía creer en los absurdos más tremendos: no sólo era la mujer sutil que volaba por los aires dando lastimeros ayes, recorriendo las calles del pueblo a los reflejos del plenilunio, crispando los nervios y ahuyentando a los tresachadores; no era bastante la conseja del “nahual” que de preferencia hacía desaparecer de los hogares la olla del “nixcomitl” o el de las tortillas y que hasta dormía dentro el “tleculi”, según lo acreditaba la “nuera” que al parecer en el oriente el “lucero atolero”, se levantaba a preparar el “titacate” para el marido, que se iba para la Hacienda; tampoco era bastante la creencia de que en todos los hogares existían traviesos duendecillos que escondían la escoba o los anteojos de la abuela; también se creía, sin admitir contradicción, que por las noches oscuras, cuando la pálida Selene escondía su radiante luz, la torre de la Iglesia se poblaba de globos luminosos que chocaban unos con otros y que no eran más que las brujas con patas de guajolote, que habían venido volando desde Tetelcingo, lugar semillero de esa clase de noctívagos visitantes.

Ya puede comprenderse a qué grado llegaría el espanto y la ansiedad que en el pueblo dominaban, con la noticia del arriero, ya que se tenía a los Plateados como hombres en tratos con el diablo, que montaban caballos con alas en las patas y que arrojaban lumbrere por las narices. Muy pocas familias eran las que no participaban de tales supercherías.

III

MARTIN SANCHEZ CHAGOYAN Jefe de “Seguridad Pública”.

En medio del estupor del vecindario, sólo un hombre permanecía sereno, imperturbable. Ni una sola arruga se distinguía por su ancha frente, más bien parecía

que el peligro agigantaba su chapparra figura. Sonreía a cuantos se le acercaban a pedir informes, consolaba a las mujeres, inyectaba ánimo a sus valientes soldados, incultos casi todos. En su recinto, comprado en Quebrantadero, y sobre la silla bordada de plata en filigranas y granel, se le vio recorrer las calles del pueblo cuando la tarde con sus notas de misterio y brochazos de incendio reclinaba tras los montes de Yau-tepec su dorada faz.

Era Martín Sánchez Chagoyán, el tipo genuino del guerrillero mexicano, franco en el decir y en la mirada, activo y audaz en el ataque, que siempre daba por sorpresa, resuelto y valiente, como ninguno, en los trances más difíciles. La naturaleza no le había dado una estatura de relieve sobresaliente, pero tenía alma de león con arrestos del más experto general. Era por aquel tiempo el azote más temible de los bandidos acaduillados por el Zarco, Salomé Plasencia y Silvestre Rojas, pero desgraciadamente, aquel día de los sucesos que se narran, el jefe Chagoyán había mandado lejos del pueblo a sus mejores hombres a perseguir a una gaviila que merodeaba más allá de Zopilopan y que intentaba sorprender a los valientes defensores de Zacualpan, la tierra de las mujeres bellas que con sus aguas baña el legendario “Amatzinac”. Si los Plateados sabían este detalle, no por esto se amilanó Chagoyán, dedicándose prudentemente a tomar cuantas medidas estimó necesarias, en esa estrategia rudimentaria que hubiera envidiado el mejor General del señor Presidente Juárez.

Había entre sus hombres uno que le merecía confianza plena. Le decían “el Cacomixtle”, por la configuración especial de su cara y más que todo por sus ojos maliciosos y audaces, tan parecidos a los del animal con tal nombre designado. “Mira, “Cacomixtle”, le había dicho, vete a la Mayordomía de Padre Jesús Nazareno, allá en los claustros de abajo; sacas las cuatro cámaras que usan los topiles en las fiestas grandes, las llevas a la Torre de la Iglesia y las colocas en los lugares que yo te indicaré”. “Muy bien, haré lo que mande su mercé”, fue la contestación del “Cacomixtle”.

Y nuestro soldado, fiel a la consigna recibida y llevando suficiente dotación de pólvora y de “tacos”, emplazado había una cámara bajo la almena central que mira hacia la Palma, otra con vista para el Mercado del Tianguis, otra dentro del camarpanario y la última sobre la “media naranja”. Veinticinco hombres formaban la guarnición de la fortaleza; un número algo mayor estaba distribuido en las trincheras a que se ha hecho referencia y solamente una escolta de una docena de jinetes indios al mando directo de Chagoyan o “Don Martín”, como cariñosamente le decían, constituyó la reserva que acudiría al lugar más comprometido, al sitio de mayor peligro. Si el parque no escaseaba, y para economizarlo se habían girado instrucciones

terminantes, se tenía la seguridad de sostener el asedio de la plaza por toda esa noche, mientras “los muchachos” enviados a Zacualpan regresaban al amanecer.

Difícilmente se encontrará por todo el Plan de Amilpas otro pueblo que como Yecapixtla, reúna condiciones tan especiales de defensa. Su templo parroquial está fincado sobre rocas y se levanta a una altura de cuarenta metros dominando muchos kilómetros a la redonda; tiene como barrera infranqueable sus profundos barrancos que rodean al pueblo por todas partes a excepción del lado oriente. El único paso es el que permiten los robustos y macizos puentes de mampostería. Basta, pues, colocar en lugares estratégicos un puñado de hombres resueltos y suficiente mente municionados, para tener segura la victoria. “Don Martín” conocía muy bien estos detalles y de aquí su pasmosa tranquilidad. Sabía que con los Plateados andaban hombres tan temibles como Aguilar, Olayo y Alvarez, pero también entre sus soldados estaban los Carrillo, los Galicia y el comandante Desiderio Pineda.

IV

EL PUENTE DE ANIMAS

La noche se encontraba a la mitad de su carrera. Un “vientecillo” helado, proveniente del norte por el lado del “Yoteco”, hacía que los soldados tiritaran. La llovizna no cesaba, el piso estaba resbaladizo, con baches hondos en las calles.

Al pasar “la ronda” de Chagoyán, junto a las “trancas de golpe”, saltaban para la calle los perros hambrientos, o bien alargaban sus ládridos como tentáculos que exploraban los caminos de la noche, en aullidos gemebundos cual de fantasmas sepulcrales. Los ladridos enfurecían a Chagoyán e inspiraban terror a los soldados.

De pronto, en la garita del Puente de las Animas, por el barrio de Tlachichilco, produjéronse fuertes detonaciones y por todas las trincheras se dejó escuchar el terrorífico “¡Quien vive!”... Muchos disparos de fusil vinieron a interrumpir la imperante quietud y el silencio de la noche. Aquello sin embargo, puede decirse que tuvo la duración del relámpago. Instantes después todo había vuelto a la calma, quedando dentro del más profundo misterio, en medio de una noche tempestuosa y fría, trágica y cruel. ¿Qué había pasado?

Cuando el jefe Chagoyán fue recorriendo una por una las trincheras, en ninguna parte se le pudo dar una respuesta satisfactoria. Cada centinela decía que al escuchar los disparos de la garita del Puente de Animas, también a él le había parecido observar al resplandor de los relámpagos, que un numeroso grupo de jinetes al otro lado de la trinchera, en desenfrenada carrera se aproximaba a tomar el punto y que por eso había dado el grito de alarma y había hecho fuego.